

ILUSTRACION FILIPINA,

PERIÓDICO QUINCENAL.

AÑO I.

MANILA 15 DE SETIEMBRE DE 1859.

NÚM. 14.

SUMARIO.

Las bancas, *lámina*.—D. Simon de Anda, *crónica del país*.—Fé, Esperanza y Caridad, y á España, *poesías*.—Amor á vista de pájaro, *novela*.—(Viajes) Hong-kong, *parte literaria*.—Reseña geográfica, científica, estadística, agrícola, industrial y mercantil de las provincias del archipiélago filipino, *parte científica*.—Mosáico.—Efermídes.—Geroglífico.

Las bancas.

LA lámina que acompaña á esta entrega de la *Ilustracion filipina*, representa una de esas escenas tan frecuentes en las aguas del caudaloso rio Pasig, en las inmediaciones de esta Capital.

Infinidad de ligeras banquillas, surcan incesantemente la superficie de ellas, en continuado movimiento, y ofreciendo un cuadro de vida y animacion, á todas horas, y en todas estaciones.

Desde que la luz rojiza del crepúsculo matinal llena de armonia y de suaves tintas el dilatado horizonte del llano estenso, en que asienta la ciudad de Manila, empiezan sus escursiones estas ligeras piraguas, recuerdo de las canoas del Misisipi y del Ohío cantadas por el armonioso poeta Chateaubriand, que sirven de transportes desde ella, y de sus alrededores hácia los pueblos de estramuros; saliendo por todos los arroyos ó esteros que desaguan en el rio, otras de estas pequeñas embarcaciones conduciendo á la jóven india que viene á la ciudad, limpia y modestamente ataviada, ó al activo comerciante que se desliza en uno de estos barquichuelos, por entre el espeso bosque de járcias y de masteleros que ostentan los buques de mayor porte, anclados en el rio; y sube desde él, al voluminoso casco, cargado de ricas mercancías.

Por debajo de los arcos del puente que comunica la Capital, con el pueblo de Binondo, cortan con trabajo la corriente algunas de estas bancas, que se dirigen al pueblo de San Miguel y á otros; y las tripula medio oculta bajo la sombra del *Carang* ó cubierta de que se hallan provistas, alguna bella mestiza filipina, que con su hermoso pelo suelto, y muellemente recostada, apoya su cabeza sobre la blanca mano, lanzando sus ojos negros una mirada furtiva y de espresiva languidez, al afortunado que por acaso, deslizándose á favor de la corriente, en otra igual embarcacion, acierta á pasar cercano en su rápida carrera á tan seductora tripulante.

Otras bancas cruzan las aguas en todas direcciones, cargadas de frutos variados, y otras

transportan el producto del verde zacatal, mientras que las que bajan del pueblo de San Pedro Macati, parecen un gran monton flotante de ollas y vasijas.

De cuando en cuando, pasan delante de nuestra vista algunas de ellas, de prolongadas dimensiones, atestadas de mugeres que en silencio cosen y ejecutan sus labores, conducidas solo por un bogador en la popa, y en la proa otro banquero que introduce el *tiquin* de caña hasta el fondo de las aguas, perchando con robusto brazo, y continuado esfuerzo, para acelerar la marcha de la ligera banquilla.

A la sombra de los altos y verdes ramilletes del cañaveral que adorna y horda las orillas risueñas de este rio, se deslizan tres ó cuatro banquillas reunidas; una música suave y armoniosa se percibe en una de ellas, compuesta de unas pocas flautas é instrumentos de aire, acompañados de dos guitarras y de un bajo; dejando escuchar los alegres compases de una polka ó de una marcha. En las inmediatas se ven mezclados algunos hombres sencillamente vestidos, con una blanca chaquetilla, acompañando á unas cuantas elegantes niñas, que ostentan matizadas sayas, y visten ricos y bordados pañuelos y camisas; una arpa se percibe inmediata á ellas, y en las dos bancas, se ven varios fardos y cestos con fruta y provisiones. Van á una gira campestre, á una de esas alegres escursiones á los pueblos de las orillas, cuyos amenos campos, y lozanos bosques, convidan al recreo, y á esta clase de alegres y especiales pasatiempos.

Las bancas, en fin, son las conductoras de todas las dichas y de todos los trabajos; son el medio de comunicacion, único esclusivo y mas adecuado entre todos los puntos y pueblos, de las orillas del anchuroso y manso rio Pasig; lo recorren en toda su estension, salen á la bahía, entran por la estensa laguna de Bay; juguetean ligeras por entre el pesado casco, y todas las embarcaciones que surcan la superficie cristalina de las aguas.

Un pequeño trozo de este continuado cuadro de animacion y vida, representa el dibujo que se acompaña. Estas dos bancas cargadas con indios, con mugeres de la clase proletaria, con otras mas acomodadas, y con alguna bella mestiza entre ellas, y esos infatigables banqueros trabajando con todos sus esfuerzos para dirigirlas con el *tiquin*, nos dan una idea exacta de las escenas que en globo y con toscos rasgos se han tratado de indicar.

R.

Crónica del País.

DON SIMON DE ANDA.

(Continuacion.)

Sin embargo de la desgraciada tentativa de Faller, no por eso desmayó el ánimo de los nuestros, y se jugó con bastante éxito la artillería por una y otra parte; sin embargo de que los enemigos dueños de mejores posiciones y mas diestros, hicieron bastante daño en los edificios, recogiendo en la plaza algunas bombas de las que estos arrojaron, que afortunadamente sirvieron despues para volverlas contra su campo. Por la noche del mismo dia 25 se hicieron algunos disparos de metralla contra los invasores y un nutrido fuego de fusilería con dichoso acierto, como pudo juzgarse al siguiente dia por el número de cadáveres esparcidos desde la esplanada hasta la trinchera enemiga.

Con ligeras escaramuzas sin resultados que merezcan mencionarse, trascurrió el 26: era sin embargo la calma que suele preceder à la tormenta, y precursor de un dia de dolorosos recuerdos por la generosa sangre que debia verterse en defensa de la patria y del hogar doméstico. Amaneció el 27, y à las ocho de la mañana, un grupo de mestizos é indios, cuyo número no consignan las historias del país, aunque juzgamos no fuera crecido, sin tener orden para ello y sin mas guia que su valor y confianza, acometieron inopinadamente los puestos avanzados de los invasores con tal coraje y decision, que se hicieron dueños de sus posiciones hiriendo y matando à cuantos intentaron detenerlos en su marcha. Pero sucedió lo que no podia menos de esperarse; y pasado el primer momento de confusion y socorridos los ingleses por 300 fusileros, volvieron à ocupar los puestos perdidos, pagando con su sangre los inconsiderados mozos su ardimiento, que la prudencia desechaba como de resultados funestos.

En lo mas récio de la pelea vióse venir à la plaza un oficial inglés con bandera blanca precedido de un tambor que tocaba à llamada y de un jóven con traje negro. A esta manifestacion suspendió sus disparos la plaza; pero los indios ignorantes de los usos de la guerra y lo que es mas, ardiendo en sed de venganza por la lamentable derrota que acababan de sufrir sus hermanos, se arrojaron sobre ellos y fueron todos tres víctimas de su furor. ¡Azares de la guerra! El jóven que acabamos de mencionar era sobrino del Gobernador Arzobispo, que habia sido hecho prisionero cuando tuvo lugar en Navotas la aprension de la galera, y lo traian para entregarlo à su tio; pero su mala estrella habia dispuesto sucumbiese à manos de aquellos de quienes no podia esperar otra cosa que proteccion y amparo.

El 28 por la mañana se recibió un mensaje del general en jefe de las fuerzas Británicas en que pedia con instancias se le entregase la cabeza del oficial que hubiera inducido à los indios à cometer el atentado referido; en la inteligencia de que si no se hacia asi inmediatamente enviaria las de todos los prisioneros que tenia en su poder. Satisfizo esta demanda el gobernador, manifestando en templadas frases aunque dignas «que las costumbres poco civilizadas de los naturales, y la obstinacion por otra parte de los cipayos en no cesar de hacer fuego sobre ellos en el mismo acto del parlamento, habia provocado un exceso que lamentaba; por lo que se comprendia perfectamente que este acto habia sido espontáneo, y por consiguiente no habia persona determinada en quien hacer recaer el peso de la justicia.»

El resultado fué cual debia esperarse, y à los pocos momentos empezó Manila à experimentar como nunca el enojo de los ingleses, de suerte que los proyectiles caían sobre esta desventurada Ciudad amenazando arrasarla por sus cimientos. Los enemigos aumentaron tres morteros de grueso calibre à la batería que desde el principio

del sitio habian establecido detrás de la iglesia de Santiago, que hicieron considerables destrozos. No satisfechos con estos medios de destrucción, fué batida la plaza por la parte de la marina con los fuegos de la Capitana y Almiranta; pero por fortuna sin ningun efecto, porque los proyectiles que lanzaban horizontalmente se perdian en la playa, y los que venian por elevacion pasaban sobre la plaza é iban à perderse à mucha distancia, sin causar daño alguno.

Sin embargo de tan récias acometidas, no se amilanó el ánimo de los defensores de la ciudad fundada por el ilustre Miguel Lopez de Legaspi, habilitándose con una celeridad y precision admirables, atendidas las circunstancias del momento, el baluarte de San Diego, que habia sufrido mucho de la artillería enemiga, y muy en breve se encontró en situacion de imponer respeto à aquella por el acierto con que se jugaron los morteros que le guarnecian.

El dia 30 se avistaron desde la plaza cuatro chalupas enemigas tripuladas, que por el temporal que se experimentaba zozobraron à bastante distancia de tierra; y el mismo accidente aconteció à un champan y pocos momentos despues à una bombardas que los ingleses enviaron para batir mas de cerca los muros de la plaza. Los efectos que esta conducia fueron arrojados por el ímpetu de las olas à la playa del pueblo de Pasay, y habiendo dado aviso de esto los indios de aquel punto, dispuso inmediatamente el Gobernador que la caballería indígena se apoderase de los referidos efectos; pero desgraciadamente hubieron de adelantarse los ingleses y cuando los nuestros llegaron al sitio designado fueron recibidos à balazos por aquellos, teniendo que desistir de la empresa no sin experimentar bastantes pérdidas.

El 2 de Octubre, de madrugada, comenzó el enemigo à jugar una batería de ocho cañones de grueso calibre contra el ángulo del baluarte de la fundicion y à las cinco horas estaba demolido todo el parapeto. Al mismo tiempo dirigia al resto de la fortificacion el fuego de nueve morteros, y dos buques hacían lo propio por el frente que daba à la marina; de suerte que el ataque fué tan vivo que se recogieron mas de cuatro mil balas de cañon del calibre de veinticuatro. «Pero lo que incomodaba mas à la plaza, dice el historiador referido, era la fusilería, que desde la torre é iglesia de Santiago veía todo lo que pasaba en la ciudad, y tiraba à toda su satisfaccion contra los que la defendian, y à pesar de tantos fuegos dirigidos à un baluarte sin parapeto, solo murieron siete hombres de los que le defendian y hubo unos veinte heridos. Los nuestros procuraron destruir la iglesia de Santiago con su artillería, pero no pudieron conseguirlo. Los barcos cesaron de hacer fuego à la oracion, pero las baterías de tierra continuaron toda la noche, y desmontaron la artillería de nuestro bastion, de modo que fué preciso abandonarlo.»

R. DE PUGA.

*(Se continuará.)***Fé, Esperanza y Caridad.**

FÉ.

Con blancas ropas vestida,
Que envidia son de la nieve,
Al cielo la Fé se atreve
Nuestra miseria à guiar;

De una mano nos ayuda,
Y de otra indica la entrada
De la divina morada,
Que ella enseña à desear.



Albas guirnaldas de flores
 Ciñen su frente radiosa,
 Guardando pura y dichosa
 En cada hoja una virtud,
 Y sus párpados cerrados
 Son de belleza tan rara,
 Que por su noche trocara
 El sol radiante su luz:
 Nada à su fuego resiste,
 El universo avasalla;
 Eternamente batalla
 Contra el poder de Satan,
 Y para burlar la furia
 De los génius infernales,
 Alas presta á los mortales
 Que al Eden volando van.

ESPERANZA.

En vano à la tierra encubre
 De negras sombras el velo,
 Que la sonrisa de un cielo
 Trocada en suave fulgor,
 Hiende la fúnebre bruma
 Y su dulce influjo evita,
 Que del caos se repita
 La oscuridad y el horror;
 Y no es de la triste luna
 El disco, à veces sangriento,
 La lumbre que el firmamento
 Dió à las penas por confin,
 Sino el rayo de un lucero,
 Que brillando eternamente,
 Corona la hermosa frente
 De encendido Serafin:
 Así, desde lo mas alto
 De los coros celestiales,
 La noche de los mortales
 Siente el dia descender,
 Y aurora de su vislumbre,
 Aparece en lontananza
 La estrella de la esperanza,
 Cercada de rosicler.

CARIDAD.

Emanacion inefable
 Del amor de los amores,
 No hay angustias ni dolores
 Donde està la caridad;
 Copa balsàmica y santa
 Con mano pródiga ofrece,
 Y al mismo que la aborrece
 Guarda un ósculo de paz.
 En la inhumana pelea,
 Del cañon al estampido,
 Corre buscando un herido
 Para darle de beber.
 Y en el dolorido pecho
 De un hombre, que està espirando,
 Infunde su hálito blando,
 Calmando su padecer.
 En su humilde vestidura
 Mírase una cruz sencilla,
 Que del mártir sin mancilla
 Cuenta la tierna pasion,
 Y à su alrededor esparcidas
 Como celeste atavío....
 ¡Làgrimas!; suave rocío
 Dulcísimo al corazon.

À España.

Versos, volad à las nevadas cumbres
 Que separa del mar el ancho espacio,
 Id y vereis dormir del sol las lumbres
 Pintando sus albores de topacio,
 Mas no lleveis allí mis pesadumbres
 Sino quereis marchar, versos, despacio,
 Que abrumadora es por demas la pena
 De que se encuentra mi existencia llena.

Dejad de mi dolor todo lo ingrato
 En los peñascos y estrangeras cimas,
 Donde escribo à la par, sufro y combato,
 O entre las selvas de enemigos climas,
 Que yo à mi pàtria regalar no trato
 Fúnebres cantos ni llorosas rimas.
 ¡Harto España tambien ha padecido
 Para irla à importunar con mi gemido!

Tan solo en vuestras alas voladoras
 Llevad todo el amor que ella me inspira,
 Llevad el fruto de las dulces horas
 En que su gloria despertó mi lira
 Al rumor de las armas brilladoras,
 Que un mundo teme y otro mundo admira.
 Llevad tambien la adoracion sincera
 Que dedica un soldado à su bandera.

OLABE.

Amor à vista de pájaro.

CAPITULO XV.

El amigo del fondista.

Si las tinieblas de la noche, unidas à la soledad, forman de los campos un inmenso océano de sombras, mucho mas triste que el de agua, porque le falta el sordo murmullo de las olas adormecidas ó el rugido ronco y solemne de las olas desencadenadas; los primeros rayos de la aurora cambian de repente el panorama: el océano de sombras se convierte en un mar de luz, y todas las voces de la naturaleza, desde la del hombre à la del viento, van interrumpiendo sucesivamente el silencio de la soledad, y prestando vida al espacio. Los encantos inesplicables de este doble espectáculo disfrutaron desde Vitoria à Arechavaleta, Meneses y sus compañeros de viaje, ó mejor dicho, lo disfrutó Meneses, porque Francisco iba muy estropeado y era poco poeta para comprender estos cambios; no menos sorprendentes por su regularidad periódica; y el muletero estaba tan acostumbrado à estas peripecias, que no le llamaban la atencion, y hasta estrañaba que hubiera quien se deleitara con ellas.

Llegados al pueblo, pararon à la puerta de una casita ni muy humilde, ni muy magnífica, comparada con las demás: el muletero llamó à su puerta, la abrieron minutos despues, y apareció un hombre, vestido al uso de los labradores del pais, à quien entregó Luis la carta que el señor Fermin le habia dado.

Abrió el hombre la carta, la leyó desde la cruz hasta la fecha, y guardándola dijo à Meneses.

—Pase V. adelante, caballero, y las personas que le acompañan.

Francisco se habia entretenido en desanudar lentamente la cuerda con que se habia atado, y con la ayuda del muletero pisó la tierra prometida, sino sano y salvo, salvo al menos, lo cual no era poco, despues de tan grave peligro. Luis descabalgó ligeramente; el muletero cogió las maletas, y todos tres siguieron al señor Ramon, este era el nombre del dueño de la casa, que los condujo à una salita con alcobá. Luego que llegaron à ella, dejó el muletero las maletas, cobró el alquiler de las cabalgaduras y una propina para beber, y se marchó, despues de ofrecerse con las menos palabras posibles.

Meneses paseó una mirada por la habitacion, vió que los muebles no eran elegantes ni cómodos, lo cual empezó à contristarle, como si pensara pasar el resto de su vida en aquel modesto alojamiento; pero se consoló algun tanto al descubrir una buena cama, que pensaba ocupar muy pronto.

—¿Es esta la mejor habitacion que tiene V. desocupada? preguntó Luis al señor Ramon.

—La mejor que tengo: contestó el arechavaletano, no muy satisfecho de la pregunta.

—Es bastante buena: dijo Luis, queriendo enmendar el daño hecho. ¿Pero tendrá V. algun cuarto mas en que se aloje mi criado, que viene bastante magullado de una gran caida?

—Si señor, tengo un cuarto en que alojarlo: repuso Ramon secamente.

—¿Y tendrá V. la bondad de llamar á un médico para que lo vea?

—Si señor.

—¡Ay señorito! exclamó Francisco, ese médico será capaz...

—De matarte ó de ponerte bueno: le interrumpió Luis con sequedad.

—Hubo un momento de silencio: Luis se dirigió al señor Ramon.

—No he dormido en toda la noche y quisiera acostarme.

—Puede V. hacerlo: contestó el dueño de la casa.

—¿Tendrá V. la bondad de llamarme á las diez?

—Si señor.

—¿Cuidará V. de mi criado?

—Si señor.

—¿Tendrá V. la bondad de llevarlo á su cuarto?

—Si señor.

—Pues hágalo V., y no se olvide de llamarme á las diez en punto.

—¿Quiere V. algo mas.?

—No señor.

Francisco y el señor Ramon salieron juntos; Meneses se acostó y durmió hasta que la voz de su nuevo huésped lo despertó á las diez en punto.

—¿Cómo se encuentra mi criado? preguntó al despertarse.

—Durmiendo, le respondió el señor Ramon, usando su habitual laconismo.

—¿Ha venido el médico?

—Si señor.

—¿Qué le ha mandado?

—Una sangría.

—¿Y se ha sangrado?

—Si señor.

—¿Quiere V. traerme agua caliente?

—Al momento.

El señor Ramon salió, y un momento despues se presentó de nuevo con un jarro de agua caliente.

—Almorzaré á las once; dijo Meneses.

—Está bien; repuso su huésped, y salió sin hablar mas palabra.

Luis se lavó, afeitó y vistió: invirtió en ello una hora justa. El señor Ramon le puso la mesa y sirvió un almuerzo abundante, limpio y sabroso. Meneses quedó satisfecho, y se fué en busca de Francisco, que acababa de despertar.

Francisco ocupaba una habitacion bastante pequeña, pero limpia; y sobre todo estaba acostado en una cama casi tan buena como la de su amo. Luis se sentó á su cabecera y le dijo:

—¿Has descansado?

—No señor. No tengo hueso que me quiera bien, y no salí tan molido de la manta de los arrieros el buen escudero Sancho Panza, como lo estoy yo de mi caída.

—Francisco, deja esa mania de citar *El Quijote*, y contesta con formalidad.

—Pues con formalidad contesto, que estoy tan molido como la harina que embarcan en Santander.

—Te permito esas comparaciones. Con dos dias de cama te pondrás bueno y te levantarás mas listo.

—Bonito me levantaré! Ese pícaro de médico me ha hecho una sangría de doce onzas, y me dá por todo alimento agua de arroz y vinagras.

—Ese médico sabe su obligacion. La dieta está muy indicada siempre que la sangre experimenta alguna grave alteracion, y tú estás demasiado grueso. Reposa, querido Francisco, y hasta mas ver.

—¿Adónde se va V., señor, preguntó Francisco alarmado.

—Voy, Francisco, á ver si tropiezo con alguno de los amigos ó amigas que están aquí de temporada.

—¿Y volverá V.?

—Creo que sí. A no ser que se me presente Magdalena en forma de paloma, en cuyo caso procuraré seguirla á todo vuelo, porque te juro que cada vez tengo mas empeño en alcanzarla.

Meneses se levantó antes de empezar su respuesta, y desapareció dejando á su criado en una vivísima ansiedad, pues no dudaba que Magdalena, por mortificarlo, era capaz de presentarse en forma de paloma, y su amo de tomar, por arte del diablo, la de ave de rapiña, para perseguirla en los aires.

CAPÍTULO XVI.

Una buena amistad.

Deseoso de adquirir noticias relativas á Magdalena, se lanzó Meneses á la calle, sin acordarse del triste papel que hace un prójimo corriendo de aquí para allí, sin saber adónde se dirige, á quién busca, ni de quien huye. Atravesaba Luis una calle, recorría otra en toda su estension, cruzaba la de mas allá, se embrollaba, como en un laberinto, y volvía al punto de partida sin haber conseguido nada; y preguntándose á media voz:

—¿En dónde diablos estarán metidos mis amigas y amigos de Madrid, que no los veo por ninguna, y tengo completa evidencia de que están aquí por docenas? Parece que se han empeñado en hacerme coger un tabardillo, y lo van á conseguir muy pronto, porque hoy quema el sol que es un prodigio. Si yo descubriera uno siquiera, este me diría los alojamientos de los demás, y yo los iría recorriendo hasta adquirir algunas nuevas. Pero á

nadie veo, nadie me vé; á nadie hablo, nadie me llama; y esto se va haciendo pesado, muy pesado, sumamente pesado.

—Meneses, Meneses: gritó una muger oculta trás una cortina.

—¿Quién me llama? preguntó Luis, inclinándose hacia el paraje de donde salía la voz.

—Aquí: gritó la misma voz, y una mano bastante aristocrática le indicó la puerta de una casa poco distante y de regular apariencia. Luis no dudó que lo llamaba alguna amiga de la corte, y se adelantó resueltamente, no temiendo nada, y esperando mucho de esta inesperada invitacion.

Como no habia conocido Luis la voz de quien lo habia llamado, entró en el zaguan y se paró, esperando que le indicaran hácia donde debia marchar. La misma voz gritó de nuevo.

—Por aquí, Meneses! por aquí: y Luis recorrió unas cuantas habitaciones bajas, que terminaban en un saloncito bastante elegante y con vistas á un frondosísimo jardin.

—Siéntese V. y espere un momento: dijo la misma voz, Meneses se dejó caer sobre un divan.

No dudaba Luis que aquella voz debia salir de la garganta de una cortesana, porque su acento era marcadamente madrileño; pero ó la persona que lo habia llamado no era amiga á quien trataba mucho, ó por una ofuscacion hija de cualquiera otra causa, habia desconocido aquel acento. Por lo demás, estaba seguro de que alguien se encargaría de desvanecer la ofuscacion; el divan era sumamente blando, la habitacion sumamente fresca, y como estaba bastante cansado, esperaba sin impaciencia el desenlace de la comenzada aventura.

Pasó veinte y cinco minutos en aquel castillo encantado, sin que princesa, negro ni gigante, vinieran á pedirle cuenta de su atrevimiento, ni á servirle maduras frutas y sorbetes; pero al cabo de los veinte y cinco minutos, oyó el crujido de una falda de muselina, y poco despues la misma voz que le habia hablado dos veces antes.

—Perdone V., dijo la voz, que haya hecho esperar tanto tiempo; pero estaba casi desnuda.

Meneses levantó la cabeza, que tenia inclinada sobre el pecho; estaba pensando en Magdalena, y vió á una muger, de alta estatura y esbelto talle, vestida de blanco, que se adelantaba rápidamente. Esta muger habia sido sumamente linda y graciosa; pero á la sazón era unas ruinas medianamente conservadas; pues sino habia cumplido cuarenta y cinco años, debian faltarle pocos meses. Luis la conoció inmediatamente, pues aunque no era amiga suya, la habia visto mucho en las reuniones mas aristocráticas; se levantó con esa languidez que parece elegante á las mugeres de alta sociedad, porque es realmente voluptuosa, y la dijo saludándola.

—Estoy á los piés de V., condesa.

La condesa se dejó caer en el mismo divan que ocupaba Luis momentos antes: le indicó á este que tomara asiento á su lado, y despues de jugar con una banqueta, para mostrar un pié muy lindo y muy bien calzado, dijo á Meneses:

—Un hombre menos acostumbrado que V. á la franqueza de nuestra buena sociedad, casi estrañaría que me hubiera tomado la libertad de llamarlo ahora, no habiendo tenido antes el gusto de merecer su intimidad, y haria sobre ello un millon de castillos en el aire, ó en España, como dicen nuestros amigos y vecinos los franceses; pero V. me disimulará esta confianza, sin meterse á investigar su origen, ni apurarse por sus efectos.

—Yo empiezo, condesa, agradeciéndola la caridad cristiana que ha mostrado hácia un peregrino perdido en los desiertos de esta Palestina, proporcionándole un oasis, digna morada de una ninfa.

—Agradezco á V., amigo Meneses, su orientalismo; y debo decirle, que ha explicado perfectamente cuanto acaba de suceder. Hé visto á V. cruzar dos veces esta calle, como hombre que acaba de llegar, que no sabe los alojamientos de sus amigos, y que está resuelto á encontrarlos. Formado este juicio me dije: «Yo no soy amiga de Meneses, pero lo conozco bastante, y probablemente esta noche ó mañana me lo presentará algun amigo comun, porque en estos pueblos todas las personas decentes se acercan, hablan y visitan. Suprimiendo el ceremonial, adelantaré algunas horas nuestras relaciones, que serán mas íntimas, si es agradecido, porque le ahorro de seguro una insolacion que puede costarle la vida.» De modo que mi racionio se parece bastante á la historia del peregrino; quitando la ninfa, el oasis y la poesía que V. le ha puesto.

—Confieso, condesa, que estoy absorto; porque era imposible dar una explicacion mas ingeniosa, mas verdadera y mas sencilla de cuanto acaba de suceder: dijo Luis, cogiendo una rosa que habia dejado caer la condesa.

—Ya que nos hemos explicado suficientemente respecto al motivo de esta misteriosa entrevista, porque es preciso confesar que algo tiene de misteriosa; justo será que hablemos un poco de la corte. ¿Qué novedades han ocurrido desde que yo la dejé? ¿A costa de quien se entretiene la maledicencia?

—Antes de responder á V., me permitirá que la dirija una pregunta. ¿Qué dia salió V. de Madrid?

—El quince en la noche me despidieron algunos amigos, Meneses.

—Si yo hubiera tenido entonces la fortuna de contarme en ese número, hubiera partido su sentimiento; pero voy á contestar á V. á la pregunta que tuvo la bondad de hacerme, diciéndola que mis noticias tienen casi la misma fecha.

- ¿Pues no acaba V. de llegar á Arechavaleta?
 —Si señora, pero no vengo de Madrid.
 —¿Pues de dónde viene V.?
 —De Francia.
 —¿Y desde cuándo falta de Madrid?
 —Desde el diez y nueve en la noche.
 —¿Y en seis días?
 —He ido á Bayona y vuelto á Vitoria.
 —Amigo Meneses, tiene V. fama de hombre escéntrico, y me parece merecida.

(Se continuará.)

Parte literaria.

(VIAGES) HONG-KONG.

Grandes eran mis deseos de examinar de cerca esa pelada roca, arrancada por la tenaz Inglaterra al *poderoso hijo del cielo*, que al dejarla entre sus manos, despues del tratado de Nan-king, no podría imaginarse su próxima transformacion en una importantísima colonia.

Hong-kong, ese centinela británico que à setenta millas de Canton se levanta como una ciudad fabulosa, brotando del seno de los mares para dominar la embocadura de Chou-kiang, ha jugado un papel bien importante en la historia contemporánea de las trascendentales complicaciones europeas con el Celeste-Imperio, y ha realizado, para llegar al apogeo de su esplendor, tales milagros de constancia é inteligencia, que era muy natural la inquieta impaciencia de que me sentía poseido, por ver precipitarse el ancla en el fondo de aquella rada, atestada de buques de todo el mundo.

Pero en el largo espacio de tiempo, que transcurrió hasta colocarse el vapor en el sitio conveniente, no estuvieron ociosos mis ojos, porque desde la cubierta se disfrutaba la perspectiva de un magnífico panorama.

La isla de Hong-kong, aparece como una colosal montaña terminada en pico, que arranca bruscamente de la orilla, y es preciso contemplarla para concebir la posibilidad de establecer en su falda la suntuosa ciudad de la Reina Victoria.

El mar besa los cimientos de una no interrumpida serie de vastos palacios, decorados con toda la magnificencia que puede desplegar la severa arquitectura, inspirada por la elegancia inglesa.

Multitud de hermosos muelles de piedra con sus escalinatas, que se reflejan en las olas, bordan la costa, y los barcos de carga y descarga, depositando en ellos fardos, barricas y cajones de todas formas y tamaños, revelan que los soberbios edificios pertenecen à la aristocracia del comercio.

Detrás de esta primera línea deslumbradora, aparecen en anfiteatro las agrupadas casas de la ciudad Victoria, que se escalonan unas sobre otras, como buscando apoyo para encaramarse en la àrida montaña, à pesar de su ruda y fatigosa pendiente.

A la derecha del que desembarca se pierde de vista el barrio Chino, y al Oriente se divisa la ciudad Matheson, aislada del centro por una pequeña pradera adornada de escasos árboles, y à la cual, dos dias por semana, van las músicas militares à amenizar el paseo.

La iglesia protestante se destaca del fondo gris, por su color amarillo rabioso, y tiene en su construccion ese frio glacial y esa falta de sentimiento íntimo, que tanto se hecha de ver en cuanto pertenece à su culto.

El palacio del Gobernador, tambien solitario, fija las miradas por su grave arquitectura y su sencilla y elegante columnata.

En las aguas de la bahía, además de las embarcaciones de Europa, Asia y América, existen en gran cantidad las casas de madera ancladas, de bonitas formas y numerosas ventanas: de dia parecen jardines flotantes por las macetas de vistosas flores que las adornan, y de noche, encantados palacios de mitológicas hadas à los suaves re-

flejos de los mil faroles de transparente cola de pescado, bizarramente pintorreados, y llenos de inscripciones verticales de grandes letras chinas encarnadas.

Ignoro si me engañaron al indicarme, oficiosamente, alguna de estas fantásticas moradas acuáticas, como misterioso nido de sospechosas golondrinas.

Trasladado à la orilla, por fin, en una voladora *tanka*, subí los escalones del desembarcadero, y me encontré rodeado de un tropel de *cúlis*, que en discordante gerigonza anglo-china se disputaban el lucro de algunos che-lines, ofreciéndome sus servicios para conducir mi reducido equipage, y presentándome una silla de manos.

Siempre me ha parecido repugnante el espectáculo de la humanidad degradada, y aunque toda mi vida la pasase en estas regiones, nunca podría acostumbrarme à caminar sobre los hombros de mis prógimos: pero para juzgar de todo conviene experimentarlo.

Acomodéme, pues, en una confortable butaca de bejuco, sostenida por las robustas espaldas de dos forzudos súbditos del *Celeste Emperador*; dispuse que el soldado tagalo que me seguía hiciera lo mismo en otra, para gozar con las emociones que me revelaría su asombrada fisonomía, y despues de hacer cargar con la maleta à otros dos chinos, rompió la marcha la improvisada caravana con direccion à la fonda, en la cual permanecí escasos momentos, pues tan pronto como nuestro agente Consular en Hong-kong, el caballero Aguilar, supo mi llegada, me obligó con las mas vivas y delicadas instancias à alojarme en el Consulado.

A su amable y bondadoso carácter soy deudor de lo agradable que fué para mí la estancia en una ciudad esclusivamente mercantil, y que por consiguiente, ofrece contadas distracciones al extranjero, poco familiarizado con los cambios y precios corrientes.

Los últimos disturbios de Canton habian disminuido el número de objetos curiosos de la industria china, pero restaban los muy suficientes para hacerme visitar con placer los almacenes, y trocar dulcemente por admirables fruslerías, las piastras, tan codiciadas por los interesados hijos de la tierra de las flores.

Muebles de maque, infinitos caprichos de hueso, sàndalo y marfil, bordados sobre seda, pinturas en impalpables hojas transparentes, ricas de los mas vivos matices y de las mas estrañas invenciones, esculturas en porcelana y en bronce, respirando voluptuosidad, de un color local y de un mérito artístico incalculable, todo pasaba ante mis ojos de una manera deslumbradora, y por prevenido que estuviese para ocultar mis impresiones, el viejo comerciante adivinaba en mis miradas el objeto que me habia fascinado, para hacérmele pagar cuatro veces mas caro, aunque à mi me parecía fabulosamente barato.

Los chinos han establecido sus viviendas en la parte Occidental de Hong-kong, à lo largo de la inmensa calle que se prolonga desde la ciudad europea, y que era la única al principio: hàcia dicho extremo empieza un laberinto de callejones, en los que no es nada prudente aventurarse solo, llevando relój ó dinero en el bolsillo, porque el robo à ojos vistos, haciendo uso de la fuerza, està à la orden del dia en esta joya de la Inglaterra, verificándose amenudo episodios que repugnan à la civilizacion.

Los ladrones van en parejas habitualmente; uno de ellos es alto, fornido y vigoroso, el segundo es un chinito, lo que en Manila llamamos un *bata*.

Avànzase el Goliat sobre el descuidado extranjero, y abrazándole fuertemente le priva de todo movimiento, mientras su compañero le escamotea lindamente cuanto tiene en pocos instantes: terminada esta rápida operacion; sueltan à la asombrada víctima y desaparecen, como por encanto, entre la impenetrable muchedumbre de chinos, que se cierra tràs de sus pasos y contra la cual de nada sirven los agentes de policia, que se pasean

gravemente armados hasta los dientes, para hacerse respetar, mas por la fuerza, que por la influencia moral que ejercen en el populacho.

Suprimo, por ajenas de un artículo de muy estrechos límites, las consideraciones que se agolpan sobre el sistema de colonización inglés, que atento al lucro comercial, descuida absolutamente el primero de los vínculos que ligan a los hombres, haciéndolas que se amen y estableciendo principios contrarios al espíritu de despojo.

Los resultados hablan con la mayor elocuencia.

Que comparen, bajo los puntos de vista mas esenciales, las Islas Filipinas a sus posesiones, los que no saben hacernos justicia, por haberse desprendido del corazon al aprender la aritmética.

El barrio chino de Hong-kong es digno de ser visitado.

Los ruidos mas discordantes se escuchan sin cesar por todas partes, y sobre todo, cuando llega la noche es un infierno de batintines, tam-tams, cohetes, petardos y gritería, a la cual se mezcla en alguna taberna inglesa el ahogado gemido de un violin, que acompaña los poco seguros pasos de los marineros de todas las naciones, ensayando bailes de su patria entre el humo denso de las pipas, el seco sonido de los taponés que se disparan y el retintín de los vasos que se chocan.

Tan animada y bulliciosa como se presenta esta parte de la ciudad, otro tanto de triste silenciosa y muerta aparece de noche la ocupada por los europeos.

Al dirigir una mirada melancólica sobre aquellas suntuosas moradas, cuyas monumentales fachadas las dan el aspecto de inmensos mausoleos, fúnebremente iluminados por la luna, al considerar los montones de plata y oro, que han formado la constante música de sus bruñidos mostradores durante el dia, el corazon oprimido se figura ver la sombra del materialismo, posándose inexorable sobre los ricos capiteles, que se levantan frios como un cálculo, sobre sus cimientos de piedra.

S. OLABE.

Mar de la China 1858.

Parte científica.

RESEÑA GEOGRÁFICA, CIENTÍFICA, ESTADÍSTICA, AGRÍCOLA, INDUSTRIAL Y MERCANTIL DE LAS PROVINCIAS DEL ARCHIPIÉLAGO FILIPINO.

ARTICULO 1.º

PROVINCIA DE MANILA.

Límites.—La provincia de Manila no tiene grande estension; su circunferencia cuenta solo unas 46 á 48 leguas; pero indudablemente, es de las mas pobladas del archipiélago. Se halla situada en la parte Oeste de la grande isla de Luzon, entre la Laguna de Bay, y la bahía llamada de Manila; que es un grandioso receptáculo de las aguas del Océano, de forma próximamente circular, cuasi cerrada por el Oeste, por las sierras de Mariveles al Norte, y la de Pico de Loro al Sur; las que se aproximan entre sí, dejando en el centro de la boca ó abertura, la isla llamada del Corregidor y otros varios promontorios ó mogotes con diversos nombres; mide unas 30 leguas de bojeo por toda su orilla; desaguan en ella caudalosos rios, siendo los principales el Pasig, el de la Pampanga, los de Pasac y Orani, y otros varios en la provincia de Cavite. Forma esta estensa bahía, como ya se ha espresado, los límites al Oeste de la provincia de Manila, siendo los del Este de la misma, el distrito de Moron, y la gran laguna de Bay, que se halla en el centro de la isla de Luzon; es la mayor que en las islas se conoce, pues mide 36 leguas de bojeo, y de la cual se hablará con mas detenido estudio al tratar de otras provincias con que linda. El límite de la provincia al Sur, corre desde la Laguna, pasado el pueblo de Muntinlupa, hasta las orillas de la bahía, entre los pueblos de las Piñas y Bacood, (paralelo á varias vertientes, que bajando de la cordillera del Sungay y Batulao, derraman su caudal en la bahía citada), dividiéndola de la provincia de Cavite, la que continúa formando las orillas de la misma, hasta su boca ó entrada. Los límites al Norte de la provincia de Manila, son la de Bulacan, y corre la division desde el puente de Tinajeros, siguiendo el rio de Tala ó Tanza, que desemboca en la bahía y baja de las vertientes de los montes llamados de San Mateo; á los cuales llega la línea divisoria entre ambas provincias. Estos montes son unos grandes estribos que corren de Nordeste á Sud-oeste, desprendidos de la larga cor-

dillera que naciendo de los montes Caraballos sigue en direccion de Norte á Sur, y luego vuelve al Sud-este hasta terminar la isla de Luzon en la provincia de Albay y monte Bulusan. Con las puntas Tajiran, Calaan y Bandan, que forman el estrecho de San Bernardino. En los antedichos estribos se halla el pueblo de San Mateo y Mariquina; y próximos á ellos, los de Caloocan y Pasig, así como San Francisco y San Juan del Monte.

Cordilleras rios ó arroyos considerables, aguas medicinales, cuevas.—Esta provincia ocupa la gran llanada que se estiende desde las faldas de los montes de San Mateo, hasta la estensa bahía de que hemos hablado, estando solo una pequeña parte de ella sobre los últimos estribos de estos montes, que (como tambien ya se ha indicado) se desprenden de la gran cordillera que arranca del nudo del Caraballo hasta el Sur de la isla de Luzon; estos estribos van muriendo poco á poco hasta no ser mas que unas suaves lomas que llegan á las inmediaciones de la Capital; existiendo por la parte de Guadalupe y San Pedro Macati, otras lomas ó prominencias mas elevadas de piedra, de la especie de Tufo volcánico, granito imperfecto. Todas estas vertientes dan origen á los rios y arroyos siguientes:

El rio Pasig que nace en la laguna de Bay, y desagua su caudal en la bahía; recorriendo una distancia de unas tres leguas; forma en su origen varios brazos ó ramales, de los que los tres mas caudalosos, son el de Pateros y Taguig, que á su entrada forma la barra de este nombre; y el Bamban que forma la llamada de Napindan; teniendo otros dos brazos mas pequeños, uno en el pueblo de Tay-tay, y otro llamado de Tipás; pero los dos primeros son los mas frecuentados para la navegacion, por tener mas fondo. El brazo llamado de Bamban, pasa por estensos llanos, hasta el barrio del mismo nombre, perteneciente al pueblo de Pasig con ameno paisaje en sus orillas, y se reune con el de Pateros y Taguig que corre por entre el caserío de ambos pueblos, formando ya unidos el verdadero rio Pasig que sigue entonces con varias curvas, la direccion hácia el Noroeste; pasa por entre los cerros pintorescos de Guadalupe, y los pueblos de San Pedro Macati, con los barrios de San Pedrillo y San Felipe ó Mandáloyon, hasta llegar al pueblo de Santa Ana en su orilla izquierda, continuando Mandáloyon por su derecha, y regando deliciosas y frondosas campiñas; entonces cambia su direccion retrocediendo al Nordeste y vuelve, (al llegar á los fértiles llanos de la isla de Pandacan), á seguir su direccion hácia el Oeste, dejando aislado á este pueblo, por medio de un brazo que se le desprende antes de llegar á él, volviendo á reunirse á su cauce ó madre principal, despues de haberlo ya pasado; entonces se dirige al Sud-oeste pasando por entre el caserío del pueblo de San Miguel, hasta llegar á la pequeña isla de la Convalecencia, que tiene en su centro; dirigiéndose desde este punto al Noroeste, hasta que llega á Santa Cruz por su orilla derecha, y al cuartel del Fortin por la izquierda, y se dirige rectamente al Oeste hasta desembocar en la bahía. Las orillas del rio Pasig son amenas en toda su estension, y presentan el mas variado paisaje, adornado con la mas lozana y rica vegetacion, entre la cual se halla un continuado caserío.

Hay sobre este rio dos puentes; el uno muy moderno, colgante, de hierro, que atraviesa delante de Manila, desde el paseo de Isabel II, al pueblo de Quiapo; y el otro bastante antiguo de piedra, dá paso desde la Capital á los pueblos de Binondo, Tondo, Santa Cruz, Quiapo, Sampaloc y todos los del Norte de la provincia.

En el Pasig desemboca por su orilla derecha, y cerca de legua y media de su nacimiento, á corto trecho de haberse reunido los dos brazos de Bamban y de Taguig, el rio llamado de San Mateo; que nace en los montes de este nombre, y despues de atravesar muchas cañadas, formando mil tortuosidades, que no se hallan bien reconocidas; entra en la provincia de Manila, siguiendo una direccion constante al Sud-oeste hasta su desembocadura, y regando los pueblos de San Mateo y Mariquina, con los barrios de Santolan y Maybonga, donde toma este nombre, hasta que desagua en el Pasig.

Otro riachuelo, que toma varios nombres, segun los terrenos ó los pueblos por donde corre, desagua tambien en el Pasig, frente al pueblo de Pandacan; siguiendo en cuasi todo su curso una constante direccion de Norte á Sur. Nace tambien en los últimos estribos de los montes de San Mateo, y pasa por los barrios de San Francisco y de San Juan del Monte; teniendo entre ambos un hermoso puente, que facilita el tránsito de la carretera que conduce al pueblo de Mariquina; luego cambia su direccion hácia el Oeste, y fertilizando los amenos campos de la hacienda y barrio de Mandáloyon ó Mandaloja, vierte sus aguas en el Pasig en el punto que hemos indicado.

El rio Tala ó Tanza, viene tambien mas al Norte y de las mismas vertientes, en direccion de Este á Oeste; divide esta provincia de la de Bulacan, (cuyo camino pasa sobre él, por el puente llamado de Tinajeros), y desemboca en la bahía por el pueblo de Malabon ó Tambobo, y su barrio de Tonsuya.

En este punto, confluencia de las aguas de una porcion de riachuelos y de esteros, se forma el depósito ó lago, llamado de Dagat-dagatan, del cual se desprende un brazo ó ramal, que siguiendo una constante direccion de Norte á Sur, y dividiéndose en otros varios, se introduce por entre el caserío del pueblo de Tondo; entra en el de Binondo por debajo del puente llamado de

Aceiteros, en la divisoria de ambos pueblos, y dividiendo sus calles, paralelo á las de Jóló y de Anloague, desemboca en el Pasig, cerca de su conclusion, mas abajo del puente llamado grande; pasando tambien antes, por debajo de otro puente que atraviesa desde la iglesia de Binondo, á las calles de San Fernando, Santo Cristo y demás de este lado. En la orilla derecha del Pasig prócsima á Manila, vierten una infinidad de riachuelos ó esteros, que con varias vueltas y rodeos, riegan por todos lados los pueblos de Quiapo, San Miguel, Santa Cruz y Binondo; y de los principales de ellos procuraremos dar una aprocsimada idea. El estero que riega á Tondo y Binondo, se divide en varios brazos; antes de llegar al puente de Aceiteros, se le une por su orilla izquierda otro formado por varios, que vienen regando las visitas y barrios de San Rafael, Tutubán, San Nicolás y Santa Cruz. Despues de pasado el puente, recibe por la misma orilla otro con varias ramificaciones, que riega el barrio de Misic, deslizándose bajo un puente que tiene en el camino que desde el barrio del Trozo ó pueblo de San José, vá al de Dulumbayan del pueblo de Santa Cruz, y pasa bajo de otro llamado de la Magdalena ó del Trozo, dejando aislado á este pueblo que pertenece en lo espiritual al de Binondo. Se dirigen ambos reunidos al puente de la calle de Jóló, y desembocan en el estero arriba dicho. Desde el puente de la Magdalena ó del Trozo sigue otro brazo del arroyo que forma la isla y que recibe las aguas de otro, que baja del Norte en dos ramales, formando la isla de Sibacon, barrio de Santa Cruz, y corre luego á pasar junto á este, y á salir por debajo del puente, que desde la calle de la Escolta comunica á Santa Cruz, y dividiendo este pueblo del de Binondo, sale al Pasig, despues de habérsele unido antes de pasar este puente, otro que regando Sibacon corre por debajo del puente de este nombre, y de otro nuevo llamado de Urrejola, detrás de la Casa-Tribunal, y que viene de cerca de San Lázaro y San José.

Desde el llano que hay entre el pueblo de Santa Cruz y el barrio de San Sebastian, hay otra corriente que se divide en dos brazos; uno se introduce en Santa Cruz al lado de la calle de Quiotan, donde tiene un puente, y atravesando luego por debajo del llamado de Carriedo, en la calle Real de Quiapo, sale á la del General Crespo, pasando por debajo de otro que hay al costado de la Alcaldía de la provincia, y que dá entrada á la isla del Romero; y revolviendo á la izquierda, desemboca en el Pasig. El otro brazo baja del pueblo de Quiapo, y tiene sobre él un puente á la entrada de la calzada de San Sebastian; pasado el cual, y lamiendo las espaldas de sus casas por Gunao, viene otro, que se ha unido delante de la Iglesia de San Sebastian, con otro ramal del mismo, salido por la izquierda y que corre por detrás de las casas de la acera de enfrente; el que pasando por debajo de un nuevo puente en Looban que conduce al Curtidor, pasa tambien en su desembarcadero por debajo de otro que está al final de la calzada de San Sebastian, dejando entre los tres aisladas las casas de ella; y unidos todos, salen al Pasig por el puente de la Quinta que conduce á San Miguel; dejando antes de llegar á él, una isleta pintoresca, frente á la cual se les une otro brazo que nace mas arriba del pueblo de Sampaloc por la parte Norte; teniendo un puentecillo en este pueblo, y siguiendo su corriente paralela á las casas del mismo, por su espalda; pasa debajo del puente del Marqués con un brazo que corre hasta delante de la Iglesia de San Sebastian, donde se une el otro, que pasa por el otro costado de este pueblo, siendo este punto por lo tanto reunion de tres corrientes; y mandando otro brazo por la izquierda, que se dirige perpendicularmente al pueblo de San Miguel, y tuerce en un recodo á la derecha, desembocando frente á la isleta que hemos dicho forma el estero anterior, junto el puente de la Quinta, uniéndosele dos muy poco considerables, en el camino que conduce desde Sampaloc á San Miguel, sobre los que hay dos puentecillos; y además manda un ramal poco caudaloso á desembocar en el Pasig cerca del barrio de Uleule; al cual confluye otro riachuelo, que naciendo de los zacatales de Nagtajan, tiene un puentecillo en el camino de Sampaloc á este barrio.

La orilla izquierda del Pasig es poco regada de afluentes á él; algunos arroyuelos de corta importancia le rinden sus aguas, bajando de los cerros de Guadalupe. Antes de llegar á Pandacan, separa un brazo, como hemos dicho, que vuelve á recibir á cortó trecho dejando al pueblo aislado.

Entre las inmediaciones de Parañaque y este brazo del rio Pasig, corre un arroyuelo poco caudaloso, pero muy largo; que por sus tortuosidades y revueltas, es llamado de Tripa de Gallina; y por el pueblo de Paco comunica otro ramal que sale de él con el rio Pasig, por enfrente de la isla de la Convalecencia; teniendo un puente sobre este brazo, en el pueblo de Dilao ó Paco, y sobre el otro brazo descrito, el puente llamado de las Damas, entre este último pueblo y el de Santa Ana.

Otro menguado arroyo viene de entre los pueblos de Paco y de Malate llamado rio Bago, que forma unas salinas detrás de este pueblo, por San Anton; y corriendo un trozo paralelo al pascio de la Calzada, desagua tambien en el Pasig, por el sitio llamado San Miguel el Viejo; y de él parte un ramal artificial de corta longitud, llamado el canal de Balete, pasando antes por debajo de dos pequeños puentes.

Junto al barrio de San Juan del Monte, hay un manantial que desprende un arroyuelo; cuyas aguas, por sus buenas propiedades

medicinales, son muy estimadas en Manila y sus cercanías; son delgadas, de gusto un poco áspero, y con algo de olor, los cuales desaparecen al poco rato de cojida; cuatro libras de esta agua en análisis, han dado el siguiente residuo:

	GRANOS.
Hidroclorato de cal.	2
Sulfato de cal.	2
Hidroclorato de sosa.	4 1/2
Carbonato de potasa.	4
Materia orgánica extractiva.	3
	42 1/2

Cerca del pueblo de Mariquina hay tambien un manantial de aguas minerales ferruginosas; que baja de la falda de un cerro, cubierto de la mas lozana vejetacion; y que gozan gran crédito, por sus buenas propiedades medicinales.

En el pueblo de Tondo hay en el sitio llamado Gayalanguí un pequeño manantial de agua dulce.

En los cerros de la orilla derecha del rio Pasig, y á muy corta distancia de la desembocadura en él, del rio de San Mateo, se halla una especie de cabidad en la falda de un cerro, que la llaman en las cercanías la cueva de Doña Gerónima; no merece por cierto el nombre de cueva, pues no es mas que una cabidad (como se ha dicho) de unos 20 piés de altura, abierta en la roca y rematada por una bóveda artificial en dobelas; tiene de profundidad unos 45 piés, y se conocen en ella todavía unos agujeros, abiertos en las paredes que se asemejan á pequeños hornos; el piso está cegado por ramas y malezas, y aunque se dice que por allí había en otro tiempo bajada á mayor profundidad, no es creible, y solo parece haber sido algun horno de calcinar que se abandonó en su principio, y no ha quedado memoria de quien empezó su construccion; solo se cuentan mil absurdos de encantos y otras cosas, de esta llamada cueva.

Pertenciente á la provincia de Manila y en terreno del barrio de Balete, dependiente del pueblo de San Mateo, está la famosa gruta conocida tambien por este mismo nombre.

Al Nordeste de este pueblo, y á cosa de dos leguas y media de él, se hallan los montes llamados de Pamitinan y Sablayan, por entre los cuales pasa el rio principal, por entre enormes masas de piedra blanca mármorea; en el monte de la izquierda se halla la famosa cueva, cuya entrada mira al Sur y está en terreno perteneciente á la Hacienda de Payatas. El monte tendrá unos seiscientos á setecientos piés de elevacion; se llega á la cueva por un camino algo dificultoso, que sube unas treinta varas. Su entrada forma un espacioso arco irregular, cubierto de enredaderas y otras plantas, de vista muy agradable cuando dá el sol, cuya luz juguetea con el blanco del mármol y el verde de la vejetacion, penetrando por esta entrada hasta el primer recodo de la cueva á distancia de treinta varas; desde cuyo punto hay que servirse de luz artificial, que algunas veces sofoca el aire condensado; sube un paredon derecho y alto, como una gran fachada, rematando en una cabidad como una capillita. El camino interior de la cueva es ancho aunque incómodo, por hallarse en algunos parajes de él, enormes piedras; y por las paredes y techo se descubren mil figuras caprichosas producidas por las filtraciones; unas como grandes piñas pendientes, y otras en forma acanalada, hasta del tamaño de dos varas; otras piramidales cuya base está en el techo, y por otros parages forman arcos y vistosas bobedillas; siguiendo la marcha se encuentra á mano derecha como un callejon ó escalerilla que parte de un aposento, y sigue paralela á la senda principal; despues de haber recorrido unas cincuenta brazas, vuelve luego á dicha senda; y á cosa de dos varas de distancia se halla tambien por la derecha otro conducto, que concluye estrechándose en un despeñadero, formando como el brocal de un pozo de gran profundidad.

El camino principal se estrecha sucesivamente, y se encuentra un espacio como una pequeña sala sin salida; y á mano izquierda otro pequeño salon, en cuyo frente hay un conducto por donde sale un arroyo, cuya corriente de cristalinas aguas, desaparece en varias direcciones; por allí se nota que penetra aire mas libremente; lo que hace inferir se halle prócsima una salida de la cueva.

Los pasos resuenan en toda ella como si el pavimento fuera hueco; revolotean asustados infinidad de pequeños murciélagos; algunos paniques de gran tamaño se hallan colgados de las paredes ó pendientes de un ala, entre las estalactitas; y por los arroyuelos que atraviesan por la gruta, se ven pequeños camarones y algunos pececillos.

Esta cueva es una de las cosas mas notables que se hallan en las Islas Filipinas, por su materia, forma y circunstancias, pues es de blanco mármol todo el monte, y los de su inmediacion; y en tiempo de lluvias se desprende grandes pedazos de piedra de la que se fabrica cal.

La naturaleza del terreno en el suelo de la provincia es fangoso en las inmediaciones de la Capital, y en la madre y orillas de los rios; la playa y orillas de la bahía son arenosas por algunos lados, y en otros hay bastante barro; conforme se van subiendo las lomas que descenden de los estribos de los montes, las capas de tierra vejetal van tomado mas consistencia y espesor; siendo

de terreno pedregoso los cerros de Guadalupe, de la naturaleza que hemos espresado; algunos de los estribos de dichos montes de San Mateo tienen una capa de tierra muy rojiza y al internarse mas en ellos por el sitio donde se halla la cueva ó gruta, se ven grandes masas de roca marmórea.

El clima de la provincia, en general es cálido y húmedo, pero saludable.

R.

(Se continuará).

Mosaico.

MUESTRAS, ANUNCIOS, CARTELES, ERRATAS Y AVISOS ORIGINALES.

AVISO.—Dos fabricantes de feretros acaban de concluir un surtido de escelentes clases, que venden à precios arreglados. Los recomiendan à sus amigos.

Sombreros para niños de felpa, à precio fijo.

Aquí se pintan salones.

Academia de niños, y niñas de ambos sexos.

Se venden camas para matrimonios de caoba.

Tahona de Jesus y tortas.

N. de tal: cirujano y comadron de ejército.

N. de tal: se yerra à fuego, y en frio.

Se necesita una niñera de 15o16 años (15 ó 16.)

Leche de burras à satisfaccion.

Se necesita un aprendiz de picapedrero que se contentara con 5 reales diarios y una nodriza.

Se vende cebada à gusto de los parroquianos.

Depósito de caballos Subida al alma
padres del contratista cen de loza.

El sugueto. que. forma la presente. tiene. buena. conducta. y horto grafia. tiene. ademàs. buena. letra. Castellana. de la. lengua. Suplica. no. le. rasquen ni. le boren.

EL ZAPATERO DISCRETO.

Un zapatero cantaba siempre este estrivillo:

El Rey le dice à la Reina....

La Reina le dice al Rey....

Su muger impacientada de oirle cantar siempre lo mismo le preguntó un dia incomodada.

—Y en resumidas cuentas ¿qué le dijo ese Rey à esa Reina, y esa Reina à ese Rey?

¿Y yo que sé? contestó càndidamente el zapatero, ¿me mezclo yo acaso en negocios de estado?

EL NIÑO PREVISOR.

Un niño se habia abstenido toda la mañana en no querer pronunciar la letra A, primera de su cartilla, y le habian castigado por su obstinacion. Un amigo de la madre entró à la sazón, y hallando al niño anegado en llanto, averiguó la causa. Cuando lo supo, tomó al niño en brazos, y le dijo. «Queridito ¿por qué no quieres pronunciar la A ¡si es muy fácil!»

El niño seguia llorando y no contestaba. Por fin tanto le apuran que responde afligido.» Es porque en cuanto pronuncie la à, me haràn aprender todas las demas.

EFEMERIDES ESPAÑOLAS.

SEGUNDA QUINCENA DE SETIEMBRE.

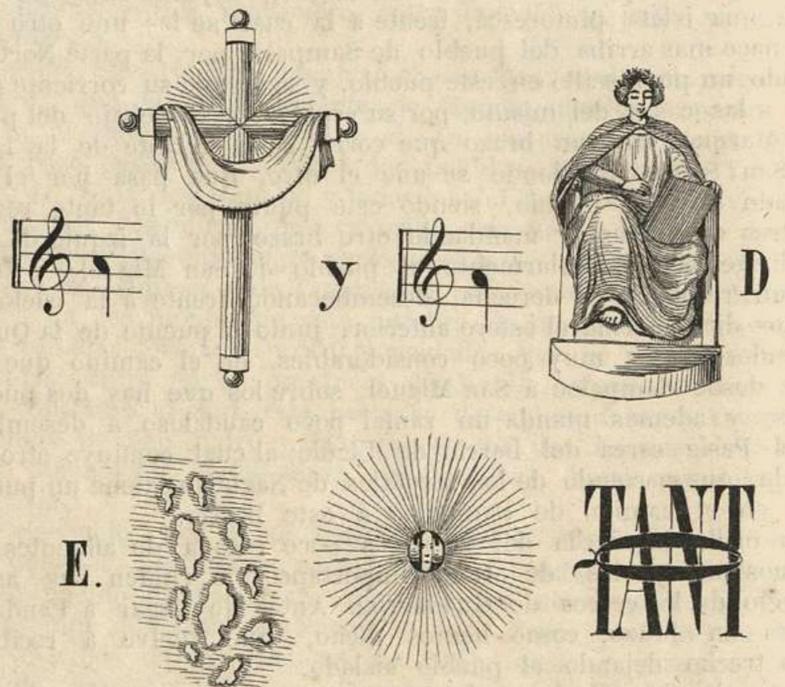
Dias.	Años.	ACONTECIMIENTOS.
46	1813	Evacúa el Mariscal Soult la ciudad de Granada.
47	1665	Muere D. Felipe IV à los 64 años de edad y 44 de reinado.
48	1035	Aragon es erigido en condado independiente.
49	1468	Don Enrique IV declara ilegítima à su hija Doña Juana, conocida por <i>la Beltraneja</i> , y reconoce por heredera del trono à su hermana Doña Isabel.

- 20 1479 Se firma la paz entre los Soberanos de España y Portugal, estableciéndose por base que el último de estos monarcas cesaría de usar el título y armas de Castilla.
- 21 1558 Muere en el monasterio de Yuste el Emperador Carlos I, uno de los soberanos mas hazañosos de los tiempos modernos.
- 22 1809 Heróica defensa de Astorga.
- 23 1789 El Infante D. Fernando es jurado por las córtes de la Nacion Príncipe de Asturias.
- 24 1669 Toma posesion del mando de estas Islas D. Manuel de Leon Campesino, vigésimo quinto gobernador de las mismas.
- 25 1506 Muere en Burgos D. Felipe *el hermoso* à la temprana edad de 28 años.
- 26 1580 Nace en Madrid el insigne ingénio español, D. Francisco de Quevedo y Villegas.
- 27 1556 El Emperador Carlos I, despues de haber hecho renuncia de sus inmensos dominios, se embarca en Zuitbourg (Zelandia) con direccion à España.
- 28 1624 Muere encarcelado en el Castillo de Alameda, el famoso virey de Nápoles Duque de Osuna.
- 29 1118 Alfonso el *Batallador*, rey de Aragon establece su córte en Zaragoza.
- 30 1589 Espantoso terremoto experimentado en Córdoba, que destruyó la mayor parte de sus edificios antiguos.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

El abacá es planta que da riqueza à las filipinas.

Geroglífico.



100 años. 100 años.
100 años.
100 años. 100 años.